

CAPÍTULO VIII

Aquella tarde misma, al llegar Guillermina á casa de la marquesa del Sagrario, halló á sus discípulas menos charladoras y vivaces que otras veces; además, en el rostro de Alma, para quien estuviese habituado á verla, no podían ocultarse huellas de llanto.

Guillermina quedóse un momento desconcertada. Nunca había visto en ellas aire tan triste y grave; á la amistosa confianza de otras veces sucedió en aquella tarde una reserva hostil y fría.

Con un supremo esfuerzo de voluntad, Guillermina pudo hablar, como acostumbraba, con locuacidad expansiva; pero su alegre charla se ahogaba en el ambiente taciturno.

Pusiéronse pronto al trabajo; comenzó el teclateo que aquella tarde resonaba monótono, lánguido, sin que lo interrumpieran, como de costumbre, cuchicheos y diálogos. Sólo Alicia de cuando en cuando parece ansiosa de decir algo; pero mira á sus hermanas y calla. Gracia suspira hondamente. Alma permanece en silencio; cada vez parecen más visibles y más hondas las huellas del llanto.

Ahora la que toca es Gracia; toca aturdidamente, acelerando los tiempos y equivocando las notas á cada instante. La profesora sólo se atreve á decir, con timidez cariñosa, que toque un poco más despacio. Y entonces la tocata se contiene refrenándose dulcemente; pero pronto se abandona y se precipita en carrera alocada. Y así, esta hora de lección diaria, que otras veces transcurre retozona y vivaracha, hoy se arrastra penosa, pesada y mustia.

Ya Gracia ha tocado; con el apresuramiento de los tiempos y con la supresión de la cháchara, acabó mucho antes que otras tardes. Y llégale el turno á Alicia, que se sienta triste en la banqueta del piano.

Alicia, en vez de acelerar los tiempos, lo que hace es retrasar-

los. Entre sus dedos las melodías se van deslizando lentas, quejumbrosas. De cuando en cuando, vuelve la cabeza y mira triste, con ojos sombríos, á la profesora.

Entretanto Alma, sentada en un rincón de la estancia, permanece silenciosa. Es el suyo un silencio perezoso, mustio; es algo más que no decir nada: es permanecer ausente de lo que dicen los que están delante. Al acabar Alicia, levántase Alma; su grácil cuerpo se contornea blando, esbelto; con un andar muy lento se acerca al piano; tiende las manos finas, de señoriles dedos, sobre el teclado; arranca unos acordes indecisos, sonos vagos. Guillermina mira con ansiedad y angustia aquellas manos; en el fondo de la estancia permanecen las otras dos hermanas. Hay en todo aquello algo de misterio que acongoja y sobresalta. Se siente en el aire la palpitación de una pena inefable; el silencio atormenta. Apetece abrir un balcón, apetece gritar, apetece romper en ruidosa carcajada...

De pronto, bruscamente, enmudece el piano; la melodía se rompe triste; Alma se lleva las manos finas, de pálidos dedos, á la cara; tápase el rostro, levántase del piano, se precipita corriendo hacia una puerta, se oye un gemido, explosión de llanto. Guillermina se levantó; de un salto acudió al lado de Alma y, cogiéndola entre sus brazos, la detuvo.

—Alma, ¿qué tiene usted? ¡Alma!

—Nada. Ya pasó; cosas de los nervios.

—No, no es eso. Usted tiene una pena muy grande.

—Pues sí; la tengo.

Guillermina se estremeció aterrada. Presintió algo muy inusitado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Usted lo sabrá.

—¿Saber yo?..

—¿Por qué se marcha Esteban?

—¿Que marcha?.. ¿Adónde?

—¿Qué sabemos nosotras!

—¿Quién lo ha dicho?

— Mamá Dolores nos lo ha dicho. Esta misma tarde estuvo á despedirse.

Guillermina sintió un nudo de congoja en la garganta; pero, haciéndose fuerte, pudo decir con acento de viril firmeza:

— ¡No marchará!

— ¿Qué va usted á hacer?

— Yo me encargo de que no marche.

Y momentos después, Guillerma hallábase en la calle. Pensó que lo primero, lo más urgente era buscar á Aliaga; sentía dentro de sí una fuerza de convicción tan poderosa, que sólo con cuatro palabras le convencería de su designio.

Caminaba con menudo paso de calle en calle. Iba de prisa, ante el temor de llegar tarde, cuando ya hubiesen cerrado las puertas del Museo. Al bajar la lóbrega escalera que da paso á las salas de tablas antiguas, tuvo que hacer un alto para respirar hondo; jadeaba; el corazón latía con golpetazos duros. Se le agolpaban en la memoria los más diversos y los más inconexos sucesos de aquellos últimos días. Recogió todas sus fuerzas, como si hiciese acopio de ellas, para penetrar allí dentro y hablarle de nuevo. «Hablarle otra vez—pensaba,—decirle..., ¿qué?, ¿qué voy á decirle? Si yo no he pensado siquiera lo que debo decirle; debe ser la verdad, toda la verdad; yo no le hablo de mí, ni por mi ruego; es por ella, sólo por ella. Y si no me creyese... ¿Qué interés puede tener en mí una mentira como esta? Sí; la verdad; hablando la verdad, se cree siempre en ella... ¡Adentro, adentro! Es necesario entrar; es necesario ser fuerte, llegar hasta el final del sacrificio, paladear todo su sabor amargo. Sacrificándome, me hago digna de este amor que no puede ser nunca correspondido.»

La voluntad dió un empujón fuerte y hallóse Guillermina en medio de la sombría sala. No vió á Esteban. Delante de la Anunciación de Fra Angélico no había nadie. La de Torrecilla vió aquellas tiernas y místicas figuras de pálida encarnación, de dorados cabellos, dulces, suaves, reverentes. Una oleada de misticismo le inundó el corazón palpitante; hubiera jurado que también ella inconscientemente inclinaba la rodilla prosternándose ante otro ser

también pálido, con cabellera de oro, sereno, gallardamente altivo... Y acercándose el galán quería cogerla en sus brazos, pero ella, rechazándole dulcemente, tiernamente, le decía con voz angélica: «Yo no, ella... Alma, Alma, te aguarda, espera por ti; no huyas, no huyas. La felicidad de todos está en ella.»

No supo cómo, ello es que, sin que la voluntad hubiese intervenido para nada, hallóse delante del viejo guardián preguntándole:

— ¿Sabe usted si ha venido?..

No fué necesario más para que el viejo respondiese:

— No, hoy no vino. Yo no sé, pero... mire usted, es terrible esto de que no haya venido.

— ¿Por qué es terrible?

— No, si yo no lo sé; pero me parece que será terrible—dijo el guardián, algo asustado de sí mismo.

— Puede ser—exclamó angustiada Guillermina.

Y el viejecito de las tablas comenzó á interesarse con interés senil por aquella historia de amor que trascendía á tufó romántico.

Estaban los dos sentados en un banco de alto respaldar. El viejecito relató el encuentro suyo con el artista en la tarde anterior á aquella.

— Sí, señorita; iba loco, loco—dijo para remate de su narración el viejo.

Y con mirada socarrona quedóse mirando á la de Torrecilla.

— ¿No le dijo á usted que hoy no volvía?

— Ni palabra; al contrario. Me parece que se despidió de mí diciéndome: «Hasta mañana.»

El guardián hablaba con vacilación nerviosa. Guillerma le oía paseando la mirada por aquellas tablas tristes que le hablaban de lejanos dolores hondos; eran para ella reflejos de su misma alma dolorida y atormentada. Y el viejecito seguía charlando con palabreo ceceoso, y del relato pasó á las consideraciones sobre el valor de los dolores humanos.

Guillermina, que ya no le escuchaba, se levantó de pronto, y

despidiéndose rápidamente del viejo, sube la ancha y cavernosa escalera, sale del Museo y emprende nuevamente la peregrinación en busca de Aliaga. La impulsa un miedo vago, el terror de algo que sin tomar forma concreta la exalta; ni vacila, ni titubea en la marcha. Le parece que hallándole evitará un gran peligro, la amenaza de lo misterioso que se cierne triste. Formado el propósito, ninguna consideración humana hubiera sido capaz de hacerla variar el rumbo. Sentía el aleteo de la zozobra que la empujaba; aun sin querer, hubiera ido adonde iba, á rastras de una fuerza secreta, como una segunda voluntad más profunda, más valiente, más despótica que la tibia voluntad que á diario nos gobierna. Sí, era una voluntad subyugadora, tirana, impulsiva; todo esfuerzo hubiera sido vano en contra de ella. De lo más hondo de su ser se levantaba una voz grave, casi tranquila, diciéndole á cada momento: «Anda..., anda.»

Y ella obedecía, y en esta obediencia hallaba un placer grande por parecerle que, fuese cualquiera el resultado de su acción, sólo aquello era lo bueno.

Iba acercándose á casa de Serafina, y cuanto más cerca, más acelerada, más rápida era su marcha.

Al llegar ante la puerta no vaciló un momento; llamó con llamada larga, recia. Abrió Serafina, y las dos mujeres se miraron un momento, recelosas, hurañas.

La prendera fué la que habló primero, adelantándose al deseo de Guillermina, que, jadeante por la rápida marcha, no podía concertar con firmeza las palabras.

—¿Busca usted al señorito? Pues no está en casa.

—Le esperaré.

—Como usted quiera. Pase, pase.

Serafina cerró la puerta, y diciendo á la de Torrecilla: «Por aquí,» la condujo por el largo corredor. Pero cuando estaban en mitad de él, la prendera se detuvo, volvióse hacia Guillermina y con tono muy afable, en voz muy baja, como en secreteo, le dijo:

—Está ahí la señora de Urbina.

—Eso no importa.



Hallóse delante del viejo guardián

—Yo se lo advierto; debo decirlo por si acaso usted no quiere entrar.

—¿Y por qué no he entrar?—exclamó la Torrecilla en tono rotundo, decidido.

—Es que, si no quisiera, podría usted esperar en la salita. Eso á su gusto.

—No; si casi será mejor que yo vea á esa señora.

—Pues entonces, adelante.

Y adelante siguieron por el angosto y obscuro pasillo.

En el atormentado espíritu de la pianista nada podía tener aire de contratiempo; todas las cosas se las representaba en aquellos momentos como dispuestas por una mano pródiga que obraba en auxilio de su propósito. En los pasos que aún dió para llegar á la puertecilla del taller de Esteban, pensó rápidamente que aquel encuentro inesperado con la orgullosa Urbina era un bien inestimable. «Hablaré con ella—se dijo,—lo sabrá todo, todo, por mí misma. Tal vez ella esté ignorante del fondo de las cosas; tal vez nos juzgue á todos por mentidas apariencias.» Y este pensamiento de tal modo confortó su espíritu, que, al abrir Serafina la puerta del estudio, radió satisfacción el rostro de Guillerma.

Al sentir que alguien entraba, la de Urbina se puso en pie con aire, como siempre, altivo. Sin avanzar ni un paso, con rigidez altiva, miró serenamente á la que entraba.

Serafina, desde la puerta, invitó á la Torrecilla á sentarse. Después, sin decir nada, cerró la puerta.

Doña Leonor y Guillerma quedaron solas. A través de las verdes cortinas del estudio se filtraba una luz de misterio, dulce, tibia; era una luz verdosa como de fronda espesa.

La de Torrecilla afrontó la mirada de la dama. Estaban distantes una de otra. A través de la distancia, Guillermina sintió el odio que destilaba el duro mirar de la Urbina.

Y, sin embargo—inexplicables contrastes de los sentimientos humanos,—al sentirse asaeteada por aquellos ojos de negror húmedo, del alma de Guillerma brotó un raudal de compasión que se trocaba en simpatía, en efusivo impulso. A la mirada arisca

respondió ella con un mirar tan sereno, tan profundamente humano, que la madre de Esteban bajó los ojos lentamente, quedándose en actitud del que medita.

Entonces la Torrecilla pudo ver y contemplar á su gusto aquel rostro pálido, señoril, duro y, sin embargo, hermoso. Hermoso aun con las hondas huellas de los años y de los disgustos. Pero lo que más le sorprendió fué el tinte cárdeno que delataba una enfermedad, roedora terrible de aquel organismo. Era una mujer que no podía ser mirada con frívola indiferencia; Guillermina, contemplándola, se acordó, sin saber por qué, de las tablas que acababa de contemplar en el Museo y lentamente estableció una relación extraña entre aquellas figuras y esta mujer. Esta era, como aquéllas, una visión atormentada y doliente, era un ser, como aquellos seres de otro siglo, lacerado, punzado por los grandes dolores de la vida. «Pero cada siglo—pensaba la Torrecilla—tiene su dolor, tiene su tormento. Aquello y esto sólo se semeja en que se funde en la idea del sufrimiento...; pero, ¡ay!, de cuán distinto modo...»

Y pensando así, mientras esperaba, comenzó á sentir un deseo pueril de coger uno de aquellos pinceles, sentarse delante de uno de aquellos lienzos en blanco y trasladar á él la imagen de la Urbina á la manera de aquellas imágenes del siglo xv. Eran aquéllas imágenes atormentadas por dolores místicos en los que no se mezclaba una punzada de dolor terreno, y era ésta una figura hondamente expresiva del dolor mundano, del dolor moderno. Bastaba sorprenderla tal como Guillermina la estaba viendo, para que luego el cuadro pudiese figurar en la triste galería de los seres atormentados por los dolores hondos. Uno de aquellos minuciosos y detallistas pintores, un Van Eyck, un Memling, un Metsys, se hubiese relamido de gusto teniendo ante sí aquella figura cuyo rostro, de suave coloración pálida, pedía, para ser reproducido, pincel paciente y nimio, cuyos ropajes viejos y raídos tenían irrisaciones aterciopeladas y reflejos sedosos.

Embebecida en esta contemplación, llegó á olvidarse del lugar en que se hallaba; por eso, si una de las figuras representadas

en aquellas viejas tablas hubiese roto á hablar, no le causara menor estremecimiento que el que tuvo al oír á la Urbina preguntar en un tono que quiso ser amable y, sin embargo, no dejó de ser frío:

—¿Viene usted á buscar á mi hijo?

Esta pregunta, sencilla, inocente, fué como abrir de par en par el alma ante los ojos de Guillermina.

—Sí, señora; vengo en su busca—respondió ésta, acentuando muy levemente la equívoca palabra ó la equívoca idea de la busca.

Y después de decirlo quedóse mirando atentamente á su interlocutora, la cual volvió á bajar los ojos como si quisiera adormecerse, indiferente á todo lo que á su lado había. Pero Guillermina, después de una breve pausa, siguió hablando:

—Debo de verle hoy mismo. Me parece, señora, que será un bien muy grande que le vea, que le hable y..., si es posible convencerle, que le convenza.

La de Urbina irguió altivamente el busto. Guillermina vió frente á frente aquel rostro de enferma, aquellos ojos que negrean aterciopelados, aquellas bandas de cabello que aún permanecen tan negras y tan lucientes que azulean. Era inútil que la Torrecilla intentase, al hablar, ponerse á tono: duramente, altivamente: la oleada de simpatía la arrastraba haciéndola ser plácida, casi risueña en sus palabras.

—Comprenderá usted, por esto, que me importa mucho ver hoy mismo á Aliaga. Tal vez no tarde; por eso espero.

—Yo también le espero. ¡Hace tantos días que no veo á mi hijo!

Fueron dichas estas palabras con una vibración de pena casi imperceptible. No se escapó, sin embargo, al espíritu sutil de la Torrecilla.

—¡Hace muchos días!

—¿Sabe usted que mi hijo no es hombre de mucho corazón?

—Pero usted es su madre. Para una madre nunca falta...

—Pues véalo usted: falta.

—No puedo creerlo.

—Naturalmente... Usted de mi hijo no creará nunca ciertas cosas.

—¿Por qué, señora?

—¿Me lo pregunta usted? ¿Está bien que usted me lo pregunte? Y diciendo esto, se puso en pie. Luego volvió á sentarse, pero cambiando de lugar.

Guillermina permaneció quieta, serena, imperturbable.

—Sí, señora; puedo preguntarlo, debo preguntarlo.

—¿Qué es esto? Usted olvida...

La Torrecilla no le dió tiempo á terminar la frase. Con brioso arranque le respondió:

—No olvido nada, ¡nada! Si usted ve que vengo, que me siento, que espero, y, además, que sin vacilar respondo que le busco... Usted comprenderá que hay en todo esto algo más que una insolencia, cosa muy distinta de la que usted sospecha.

Y endulzando la voz, dando á sus palabras el sereno tono de una confianza cordial y honda, siguió diciendo:

—Su hijo de usted tal vez contribuyó á hacer de mí una desgraciada; yo no quiero nunca ser culpable para con él de otro tanto.

—¿Qué quiere usted decir? No entiendo...

—Lo más sencillo de todo. Sólo con oirme decir que vengo en busca suya, pudo usted ya haber comprendido todo.

—No sé; no me explico... Es acaso que Esteban...

—Siga usted.

—Que Esteban se cansó ya...

—No, no; no es cansancio; ni fué Esteban.

—¿Fué usted?

—Yo misma.

Doña Leonor de Urbina volvió á levantarse con movimiento rápido, delator de impaciencia mal reprimida; con paso resuelto avanzó por el estudio y, sentándose al lado de Guillerma, hablóle con voz dulce, muy queda:

—Tal vez usted ha comprendido... ¿Será eso?

—Sí, señora; es eso. Si tardé en comprenderlo, perdóneme usted.

—Entonces, ¿viene usted á decirle?... ¿Resueltamente, firmemente?

—Resueltamente, firmemente se lo dije ya.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿Y él?

—¡Él!.. Él me parece que por primera vez supo que me quería.

—¿Pero usted, Guillerma?

—Tranquilidad, señora. Respondo de mi resolución, respondo de mi firmeza. Me costó, sí, comprenderá que me costó mucho el sacrificio; pero ya está hecho. ¡Retroceder! Sería insensata crueldad conmigo misma. Basta, basta. Entre Esteban y yo todo, todo ha concluído.

Y ahogándose en un largo sollozo, inclinó la frente, hundió su rostro entre las manos. Oyóse el desbordamiento de un llanto fiel, consolador, sereno.

La de Urbina, sin apartarse de su lado, dejó que brotase aquel raudal de lágrimas; oyóse silenciosa, con silencio que era un noble respeto ante el dolor de aquella mujer sacrificada.

Cuando Guillermina volvió á levantar la frente, vió cerca de sí el rostro noble de la madre de Esteban transfigurado, humanizado; aun juraría la Torrecilla que en los negros ojos de aquella dama se estremecían, sin brotar, un par de lágrimas.

Las dos mujeres se miraron con esa efusión que sólo brota candente, profunda, en los momentos decisivos de la vida.

Las pálidas manos de la dama buscaron y oprimieron las manos de la artista, al mismo tiempo que decía:

—Tiene usted un alma generosa. Guillermina, déjeme usted que bese esa frente.

Y Guillermina puso su frente al calor de aquel beso amoroso que resonó santamente en el estudio de Esteban.

Cuando hubo pasado la efusión de aquellas dos almas, doña Leonor quiso saber la razón del sacrificio.

—Puede que sea crueldad mía—le dijo al preguntarlo.

—Ya no hay crueldad en ello; ya no puede haberla; al contrario: será mi gloria, es mi triunfo.

Y luego, plácida, susurrante, la de Torrecilla explicó á la de Urbina todas las razones de su resolución firme. Y no se detuvo en esto; llegó más adelante; sin poner en la voz ni sombra de queja, ni rastro de amargura, terminó diciendo:

—Si lo considero despacio, yo no hice sacrificio; su hijo de usted quiso ser un artista, quiso borrar con su arte la huella de su linaje caído...; pero es en vano. Aliaga es siempre y será siempre el gran señor, el altivo aristócrata. Hubiese sido conmigo muy desgraciado y yo ¡otra desgraciada! Vea usted que no todo fué nobleza, grandeza de alma. En todas las cosas, aun las más generosas, hay siempre, si vamos al fondo, un grano de egoísmo.

—No; es usted muy buena.

—Bondad inútil; seguiré yo mi calvario y seguirá él el suyo. ¡Triste calvario el de la vida que busca y no halla nunca su camino!

—¿Por qué habla usted de ese modo? Sea usted ya hasta el fin sincera conmigo. Soy una madre que ha sufrido mucho.

—Por eso me inspiró usted siempre no sé si piedad ó simpatía. Es usted merecedora de ella.

—Gracias. No piensan así todos.

Y con un grito de dolor acerbo, exclamó:

—¡Ay del caído! ¿Me creerá usted? La marquesa del Sagrario, la amiga bondadosa, la madre amante que todos los días derrama una lágrima de duelo por su hija muerta; su hija, la madre de esas tres criaturas discípulas de usted; la que, según ella misma repite siempre, fué más que mi amiga íntima mi hermana; la noble marquesa del Sagrario se indigna sólo de pensar que un hijo mío, que un Aliaga, un caído, sea capaz de inspirar una pasión, un afecto en el alma de una de sus nietas... ¿Sabe usted?..

—Lo sé todo, señora. Por eso vengo, por eso necesito hablar con Esteban. Esta tarde presencié una escena que me llenó de congoja.

—La presiento; la veo. ¡Yo también la he visto!



Y ahogándose en un largo sollozo, inclinó la frente, hundió su rostro...

—¿Verdad que es cruel?

—¡Es terrible!

En este momento abrióse con estrépito la puertecilla del estudio y apareció Esteban. Irradiaban sus ojos ferocidad, al mismo tiempo que su actitud, sus ademanes, las frías frases con que saludó á su madre y á Guillermina eran delatorias de una desesperanza implacable, del derrumbamiento del espíritu.

Sentóse cerca de su madre, con la cabeza reclinada en una mano, mirando con hurañía á tierra, como si esperase ver surgir una solución que aclarase su turbulento espíritu.

Los tres callaban; callaban porque eran inútiles las palabras. Sólo la decisión firme podía abrirse paso resuelto en aquellos instantes.

Por eso fué Guillerma la que rompió aquel hosco silencio. Levantándose se acercó suavemente á Esteban.

—¿No te sorprende hallarme en este sitio?

—¿A qué vienes?—preguntó casi con voz susurrada.

Y luego, con exaltación ardiente, variando rápidamente la pregunta:

—¿Estás arrepentida?

Guillerma hizo un gesto de resignación dolorosa, pero no respondió. Fué la Urbina la que recogió la pregunta para decir:

—No, Esteban; no está arrepentida.

—¿A qué viene entonces?

—A decirte adiós—exclamó Guillermina.

—¿Quién te dijo á ti que yo marchaba?

—Ellas.

—¿Ellas?

—Sí; ellas... Alma. Llorando.

—Y usted, madre, ¿sabe que la marquesa del Sagrario no ve en mí más que al bohemio, al artista que mendiga una copia, una limosna?

Hablaba iracundo, con ademán descompuesto, dejando que desbordase á torrentes en olas bravías todo el orgullo de su alma herida.

—Tuviste tú la culpa—siguió diciendo cara á cara de Guillermina.—Tú me empujaste, tú me dijiste: «Vete, son buenos, quieren protegerte.» Lo decías para preparar tu huida, tu desvío; fuiste tú la culpable, tú la mala, tú la que me llevaste de la mano hasta el fracaso. Quisiera aborrecerte, quisiera sentir el goce inmenso de odiarte.

—¡Silencio, Esteban, silencio!—exclamó la madre con voz que rugía soberbia, dominadora.—Silencio; eres un cobarde, incapaz de afrontar con valor la vida. ¡Y vienes á culpar á esta criatura! ¿Quién eres tú?

Estaba hermosa en su arrebató iracundo la de Urbina. Puesta en pie, levantando con brío una mano, asaeteando con la mirada á su hijo y más pálida que nunca.

—¡Ah! Eres un fracasado, eres un soberbio que se ve en el duro trance de proclamar su fracaso, y aún quiere defenderse, aún busca adonde asirse para hacernos creer que aún es posible el triunfo.

Guillermina, aterrada, conmovida, cogió las manos de Aliaga entre las suyas y exclamó amorosamente:

—Sí; aún es posible el triunfo. ¿Verdad, Esteban, que tú sueñas aún con tu arte?

—¿Pero usted, Guillerma—preguntó la de Urbina,—cree todavía en el arte sublime de este hombre?

Salió la pregunta de sus labios como si fuese una hoja de acero que tajase violentamente ilusiones, esperanzas, un porvenir dorado. Esteban no replicó siquiera; el influjo de su madre sobre él era anonadador, terrible. Quedóse sobrecogido; parecía próximo á romper en llanto pueril ó en varonil arranque; los tres palpaban de emoción, de dolor, de angustia. Sólo las resoluciones arrebatadas y violentas podrían allí abrirse paso; era una lucha desgarrada; la desesperación de lo irreparable.

De pronto Esteban, con rápido y brusco movimiento, levantando la cabeza con su actitud altiva, exclamó:

—Yo no me rindo. Aún es tiempo. ¡A luchar, Guillerma! Eres una artista: despliega tus alas, vuela, vuela alto. ¡Triunfa! Tuyo es el triunfo. Los dos lucharemos.

—¿Luchar tú?—exclamó Guillermina.—¿Para qué? No necesitas la lucha: Alma será tuya.

—¡Nunca!—dijo con arrogancia y fiereza la de Urbina.—Antes morir.

Y volviéndose á su hijo, acercándose, con caricia maternal, con mimo felino, hundiendo sus manos pálidas en las guedejas de oro, mirándole intensamente, pegando casi rostro con rostro, con voz de ansiedad infinita:

—Júrame—le dijo—que no volverás á aquella casa, júrame que guardarás odio á toda la infame ralea..., júramelo, júramelo.

—Yo te lo juro, madre.

—¡Hijo mío, hijo de mi alma!..

Y, abriendo los brazos maternos, recogió en ellos á Esteban Aliaga.

Fué una efusión apasionada; oyéronse resonantes los besos, largas las caricias, tiernos los halagos; parecían desbordar en aquel instante caricias, halagos y besos de muchos años. Era un mismo sentimiento de odio que unía en abrazo de amor la madre y el hijo.

En la puerta del estudio oyóse resonar potente una risotada. Volviéronse todos y hallaron frente de ellos á Antolín Torrecilla.

—¡Aquí estamos todos!—decía el ciego con aire jocoso, pero rotundo.—Aquí los grandes y los pequeños, los aristócratas y los mendigos. La desgracia, el dolor, el fracaso, nos une. Ya llegasteis, ya estáis de mi lado, ya sabéis que el calvario de la vida se ha de subir con la cruz del ideal á cuestras. Y vosotros habíais comenzado por dejar el ideal en el suelo; creísteis así, aliviados de la carga, llegar mucho antes arriba... ¡Arriba! Coged vuestra cruz y resignaos con ella como yo estoy resignado con la mía y de pesada que era la he convertido en blanda, liviana pesadumbre.

Y, dicho esto, comenzó á dar grandes gritos llamando á Serafina. La cual, así que se hubo presentado, fué hacia su señora y hablándole al oído le dijo:

—No haga usted caso de este infeliz; á mí me parece que está un poco perturbado.

—No; no lo creas—respondió la de Urbina.—Es el más cuerdo y el más puesto en razón de todos nosotros; él solo sabe dar su verdadero valor á la vida. ¿Tú le oíste?

—Desde ahí afuera le he oído.

—Pues tiene razón.

Y en voz muy recia, dirigiéndose al ciego, añadió la señora de Urbina:

—¡Antolín! Feliz el que sube como usted, sereno, tranquilo, á la cumbre de este calvario que se llama la vida.

—No quisieron seguirme. Por loco me tuvieron; aún puede que todavía me tengan por loco.

Guillermina se levantó de su asiento, acercóse al ciego, y arrojándose delante de él, cogiéndole una mano y estampando en ella un beso:

—¡Antolín, hermano mío!..—le dijo sollozando.—Perdóname. Te juro que desde hoy comienza el calvario..., subiré, llegaré arriba.

EPÍLOGO

TRES CARTAS

I

De Guillermina Torrecilla (en Madrid) á Esteban Aliaga (en Bruselas).

«Querido Esteban: Mucha tristeza me causa tu vida; sé por tu madre que es muy dura la lucha en ese país extraño, y sin embargo, ahí—tú mismo lo sientes—fortificas, ennobleces, dignificas tu espíritu.

»Prosigue la lucha; podrás vencer, pero es preciso ser tenaz. Acaso todo el goce del triunfo no es más que ver la tenacidad triunfante; la personalidad que abre brecha á través de todo y de todos por el cotidiano y persistente esfuerzo.

»Yo también lucho; yo también quiero desplegar las alas.

»Los recortes de periódicos que con esta carta te mando te enterarán de mi primer concierto, mi primera presentación ante el público.

»Yo no quiero añadir nada á lo que esos periódicos dicen; sólo añado esto: he saboreado el halago de la multitud; su gusto es picante y amargo. Era más feliz en otros días que ya pasaron para siempre.

»Casi todas las tardes voy al sanatorio á ver á tu madre; su amistad me compensa de muchas acerbidades. Yo no puedo, ni debo ocultarte que el estado de tu madre nos inquieta; pero por hoy no me atrevo á decirte que sea alarmante. Sigue, pues, tu trabajo; yo te diré la verdad de todo esto, y si es preciso que vengas, yo te diré al momento: vuelve.